

# LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 18 DE JUNIO DE 1896

NÚM. 291

SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896





# GENERALIDADES

Dicen que progresamos y, la verdad, si yo no supiera que el cangrejo no es pez, ni colorado, ni anda hacia atrás, diría que, en efecto, progresamos como el cangrejo que, según el vulgar error, cuando quiere avanzar, retrocede.

Durante mucho tiempo hemos estado libres del contagio de un mal francés peor que el otro: la monomanía del duelo.

Pero llegó el caso de que cierto periódico no encontrando tal vez otro modo de llamar la atención pública y adquirir parroquia, se dedicó á matón de la prensa y á provocar un lance por día, y desde entonces, como el mal ejemplo cunde, estamos siempre con el alma en un hilo y vivimos pendientes de eso que se llama las leyes del honor y que sin duda son cosa buena, porque otro colega madrileño, al manifestar que en la cuestión Martínez Campos-Borrero hay que atenerse á ellas se ve obligado á confesar que se hallan en pugna con la ley cristiana y con el código penal. Es decir, que las tales leyecitas están como el alma de Garibay que no la quiso Dios ni el diablo: no tienen el apoyo de las prescripciones divinas ni de las humanas.

Que entre pueblos salvajes se prescindiera de unas y otras para ventilar por la fuerza bruta las cuestiones, puede pasar; pero ¡que tal cosa ocurra en países y entre personas civilizadas! ¡Y que á eso se llame ley de honor!... ¡Vaya que, sin querer, se vienen á la memoria aquellos versos de Campoamor:

—El honor consiste, en ser  
con las coquetas, de hierro...

—¡Así como en el morder  
consiste el honor del perro!

¿No es verdad, caros lectores, que á juzgar por lo que actualmente ocurre, hay hombres que más bien parecen perros, por la idea que tienen del honor?

A mí, aunque me lo prediquen frailes descalzos, que ya se guardarán de predicarme semejante barbaridad, no se me hará creer que el honor consista en zanjar una cuestión no con razones, sino averiguando quien tiene mejor puntería ó más habilidad en manejar un hierro ó sencillamente más chiripa, en un momento determinado.

Porque vamos á ver, figúrense ustedes que el lance de que más arriba he hablado, se verifica y que de él resulta uno de los generales herido ó muerto ó los dos salen lesionados ó los dos fallecen. Bien, ¿y qué? Si las quejas de Borrero son infundadas ¿habránse vuelto justas? Y si son justas ¿habrán perdido su fundamento? Más aún: si alguno de los dos adversa-

rios fuese un cobarde ó un miserable, (es una hipótesis), ¿habriase convertido en hombre de bien y en valiente porque, haciendo de tripas corazón y al verse en un aprieto, hubiera sacado fuerzas de flaqueza para disparar una pistola ó para dar unos cuantos tajos y mandobles? Las contestaciones á estas respuestas son tan fáciles y terminantes que no hay necesidad de darlas.

Bien sé que en el ejército, baluarte de la sociedad, sostén de la patria, la cualidad que más alta debe brillar es el sentimiento del honor; pero del honor verdadero, que consiste en el espíritu de sacrificio, en no faltar á los juramentos prestados, en estar siempre dispuesto á dar la vida por la defensa de los sagrados intereses que le están confiados, en no mirar como un oficio cuyos provechos debe procurarse hacer lo mayores posible sea como fuere, lo que es una noble profesión que precisamente es noble porque es desinteresada. ¿Qué tiene que hacer el honor, ni militar ni de los paisanos, en un asunto en que se ventilan adelantos en la carrera, actas senatoriales ó cosas por el mismo estilo? ¿A qué bueno ó á qué malo alborotar el país, dar un pésimo ejemplo á los inferiores, distraer la atención del gobierno y la del público de las palpitantes y transcendentales cuestiones que están sobre el tapete de la política española?

¿Y qué diremos de los que han hecho en esta cuestión deplorable el papel de jaleadores, de los que han añadido leña al fuego, en vez de procurar apagarlo? ¿Y qué de los que no han aprovechado tal coyuntura para lo único que debe ser aprovechada: para hacer pública profesión de las ideas verdaderamente progresivas, de las opiniones verdaderamente racionales, de las que consideran el duelo un resabio de los tiempos salvajes que debe desaparecer entre la befa y el escarnio de las personas sensatas y el horror y la indignación de las de sentimientos religiosos y verdaderamente honradas?

Con que ya lo saben ustedes: si encuentran malo este artículo, pueden decirlo con franqueza, en la seguridad de que no les mandaré los padrinos.

Pero si alguno es matón de profesión ó *per accidens* y mis teorías le molestan, puede ahorrarse el trabajo de enviármelos á mí.

Porque, gracias á Dios, estoy bautizado hace ¡ay! muchos años, no pienso enviudar por ahora y, si tal desgracia me ocurriese, creo que tampoco reincidiría. Hay cosas que no deben hacerse más que una vez, como el matrimonio, y otras que no deben hacerse nunca: como batiarse en desafío, pongo por estupidez.

BLAS QUITO



# EL ESTAÑERO ABURRIDO

FÁBULA

En los portales de Bringas  
puso tienda un estañero,  
buen oficial, y tornero  
habilisimo en jeringas.

Tuvo tan mala fortuna  
el pobre, que en todo un mes,  
y en otro y otro despues,  
no vendió pieza ninguna.

Y exclamaba con diatribas,  
que no son para decir:  
«¡Como se puede vivir  
en Madrid, sin lavativas!»

«Pronto se me acabarán  
los cuartos. ¿Qué he de hacer yo?  
Voy á perecer.» Llegó  
la vispera de San Juan,  
y vióse la plaza llena  
de puestos, y de la gente  
que regocijadamente  
concorre á la gran verbena.

Con tanta ocasión de sobra,  
mi estañero arma en la mano  
iba, y á cada cristiano  
decía, mostrando su obra:

SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896



SUEÑO, por Mll. Charderon.

«Ya lo ve usted, ni la plata  
con más resplandores brilla.  
Esta máquina sencilla,  
mocito, es buena y barata.»

Y contestaba el mocito,  
viendo la máquina bella:  
«Diviértase usted con ella,  
que yo no la necesito.»

El jeringuero, (en resumen)  
loco murio entre furoros  
contra esos consumidores  
avaros, que no consumen.

Y dijo: «Si á trabajar  
destina Dios al obrero,  
todo el que tenga dinero.  
viva obligado á comprar.»

Hoy, á la luz superior  
de un saber nuevo y profundo,  
ley quiere imponer al mundo  
el gremio trabajador.

Que huelgue, libre de ajuste,  
quien del trabajo se enfade.  
y en la obra que hacer le agrade,  
perciba el jornal que guste.

Y si, corrido el albur,  
no se está según convenga,  
se agarra lo que otro tenga,  
y se reparte, y abur.

No exigen menor castigo  
las agraviadas jeringas  
de los portales de Bringas,  
calle, hoy, de Ciudad Rodrigo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896



MAUSICAA, por Abel Boyé.



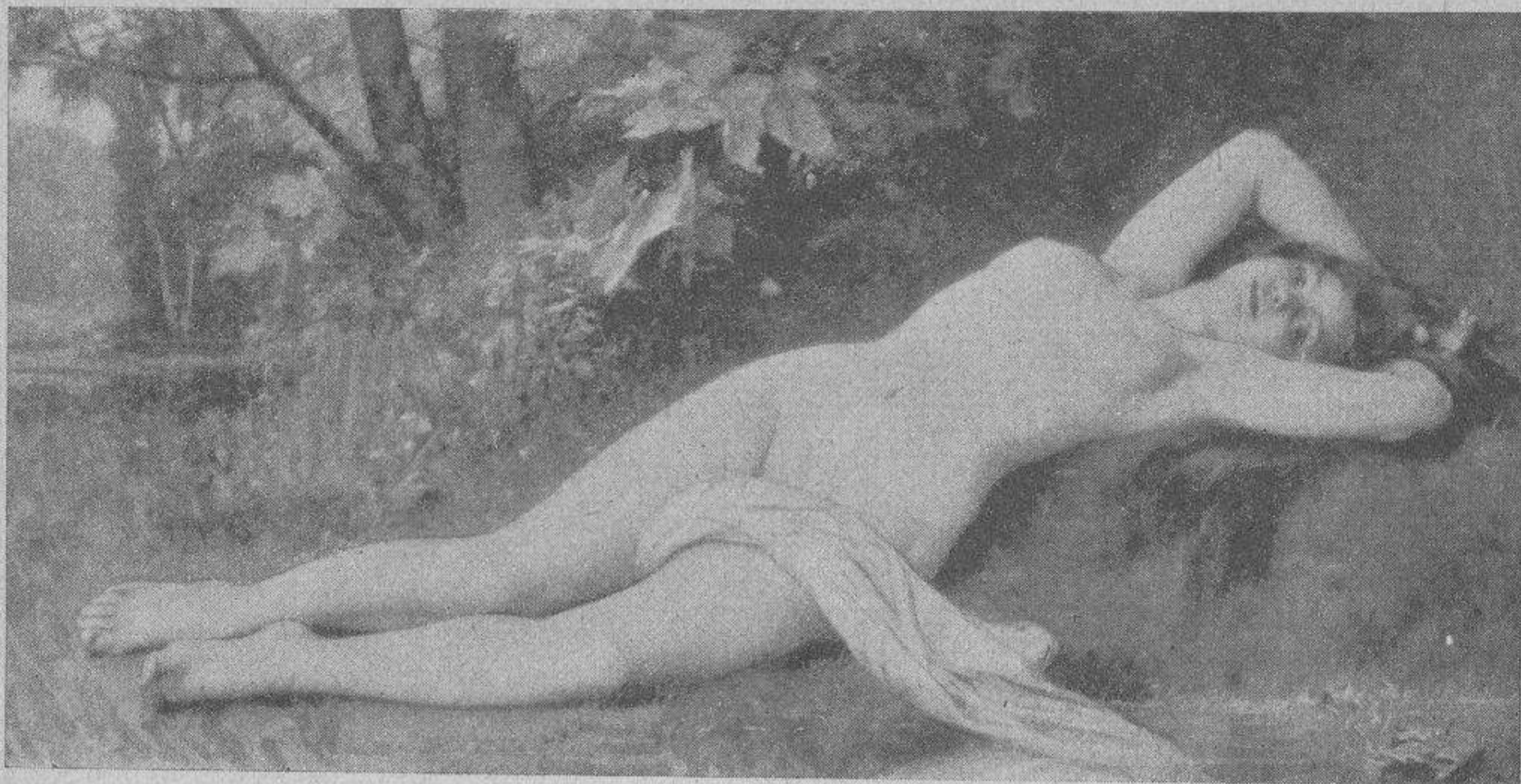
PERFUMES, por Luisa Abbema.





LA TOILETTE, por Tiller.





NINFA, por Leon Perrault.

## LAS MAMÁS

Hay algunas de caballería.

La mamá de mi novia es una de esas mujeres que han nacido para suegra.

Su estampa lo está diciendo á voces.

Baja, rechoncha, mofletuda, con cada oreja como un soplador, y cada lunar como una perra chica; de labios gruesos y amoratados, el superior sirve de base á un poblado bigote entre blanco y negro, que tropieza allá en su *cúspide* con una nariz de color de remolacha, semejante por su tamaño á un higo chumbo *robusto* y *bien criado*.

Además tiene voz de bajo profundo y un genio insoportable.

Por apéndice se llama Sensitiva.

¡Figúrense ustedes si esta individua caracterizará bien, en su día, el papel de mamá política!

Pero no la de este cura, porque hasta ahí podrían llegar las bromas.

Bueno que la salute, que de vez en cuando le dirija la palabra, y que en ocasiones le dé la mano; pero de eso no paso, ni á tres tirones.

¡Medrado quedaría yo!

Y por Inés lo siento. Es toda una buena chica, si no tuviera ese pícaro vicio que le repreniendo frecuentemente sin fruto alguno.

Le ha dado la manía de comer yeso, y me ataca á los nervios contemplar el lastimoso estado de las paredes de su casa.

Todas ellas están rascadas. No parece sino que padecen algunas de esas erupciones que pican sin consuelo.

Y la chica ha procurado enmendarse, pero sin resultado.

El día que no come un trozo de pared, indigestión segura. ¡Anomalías!

En cambio, cuando la madre prueba el marisco pierde la flexibilidad en la pierna izquierda, y al andar tiene que hacerlo á *pata coja*.

A pesar de todo, las veladas de invierno se pasan muy bien en su casa.

Al rededor de una camilla, Inés, Sensitiva, don Próspero (un vecino que se estancó en un mal destino de estancadas) y yo, desafiamos las inclemencias del tiempo y las heladas de Madrid.

A primera hora jugamos al tute, y generalmente Sensitiva me acusa las cuarenta; pero procuro tomar la revancha y entonces don Próspero y la madre de Inés se encaminan al *limbo*.

Mientras ellos duermen, Inés y yo jugamos, y miren ustedes que casualidad; no se dió nunca el caso de que ella se *cayera*, á pesar de que á veces la cosa anduvo mal.

Y es que la chica domina la *ronda*, que es nuestro juego favorito.

Cuando Inés y yo jugamos, se me altera el sistema nervioso.

Lo tengo probado y puede comprobarlo don Próspero, á quien di cierta noche un pisotón mayúsculo que le hizo salir del letargo en que yacía.

Y esa fué mi suerte.

Si la pisada recae en Sensitiva, salgo por el balcón de la casa á pesar de ser piso cuarto.



Y cuando yo digo esto, tengo mis motivos.  
¡Ya lo creo que los tengo!

La noche del día de difuntos nació yo, por segunda vez.

Supongan ustedes, que el cuarteto que antes mencioné y en el que un servidor lleva la cuarta, se encontraba en el gabinete de la casa de mi novia saboreando unos cuantos buñuelos de viento, con que la obsequié echándomelas de rumboso.

Don Próspero y mi suegra en proyecto, no se hartaban nunca, y en tanto que cada uno de ellos se comía una docena, Inés y yo apenas concluíamos con uno.

Los buñuelos iban desapareciendo y me permití entregar los tres únicos que quedaban en la bandeja á Inesita, para que no se quedase con la miel en los labios.

¡Tal no hubiese hecho!

Sensitiva se convirtió en una pantera desenfundada, que hubiese dado cuenta de mí, á no interponerse el bueno de don Próspero, que obtuvo como premio de caridad un par de cachetes.

A la niña le dió un trastorno, y su madre en-

tonces se colocó entre pecho y espaldas dos buñuelos y medio que aquella conservaba aún.

Desde aquella noche reniego de los buñuelos y de la mamá de mi novia.

Por supuesto, mi bolsillo gana, porque ya no seré generoso, ni daré convites... de viento rebozado con harina

El día que me decida á renunciar á Inés me oirá su madre.

Aunque no sea verdad, he de decirle, poco más ó menos, lo siguiente:

—«Vieja insufrible, por usted dejo á Inés en este estado. Dediquela a vestir imagenes, que éstas, únicamente, podrán resistir a usted.

Aquellos buñuelos que usted se comió, no he podido digerirlos todavía, vieja arpía; y desde este día procure alejarse de mí, porque si la hallase á mi paso, la desollaría»

Esto se lo diré por escrito, porque ni desde la calle he de atreverme á pronunciarlo ante ella.

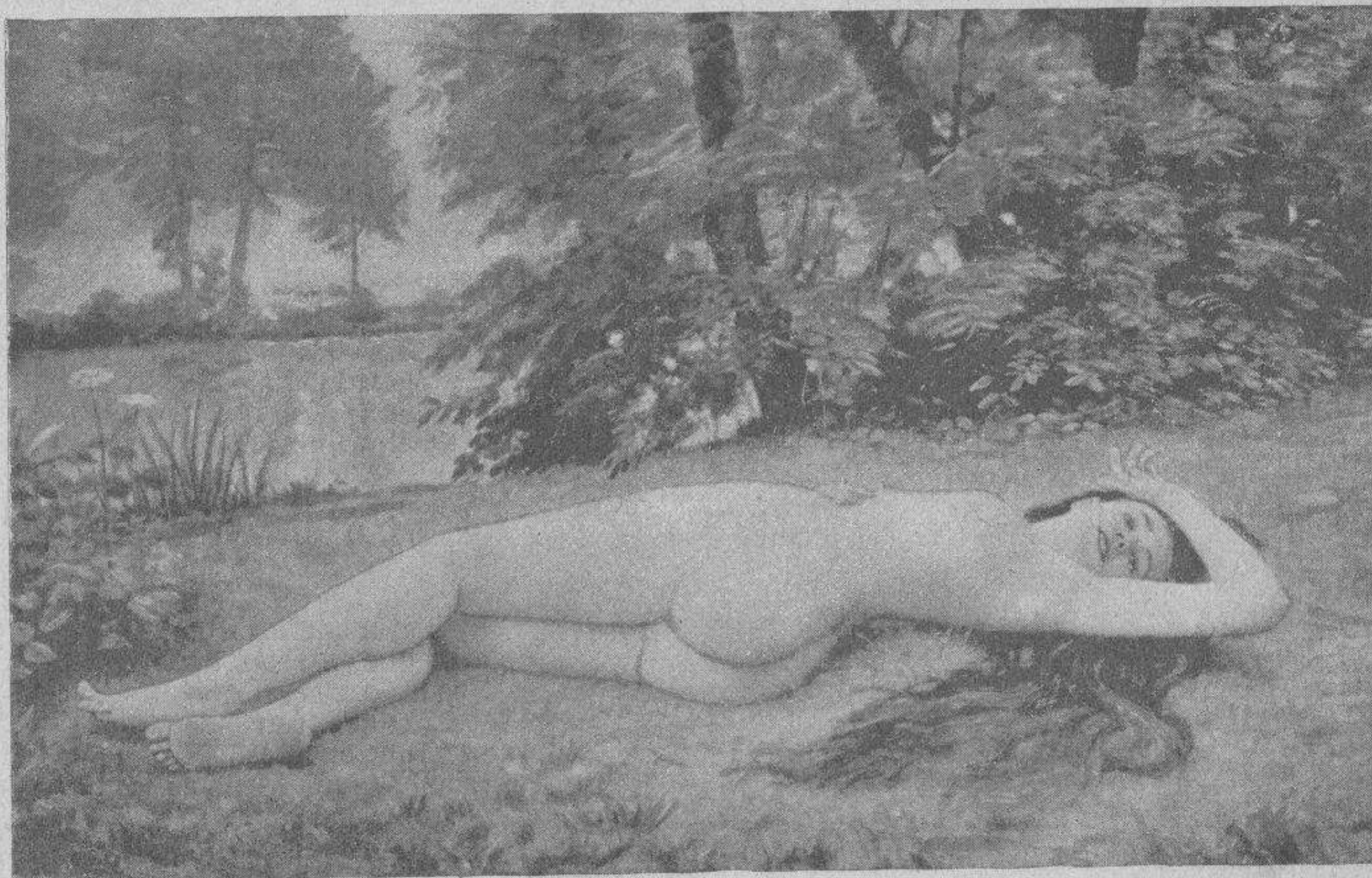
Sería capaz de tirarse desde la azotea para aplastarme.

Aunque se expusiera, como se expondría á lucir sus formas en el trayecto.

JULIO HERNANDEZ

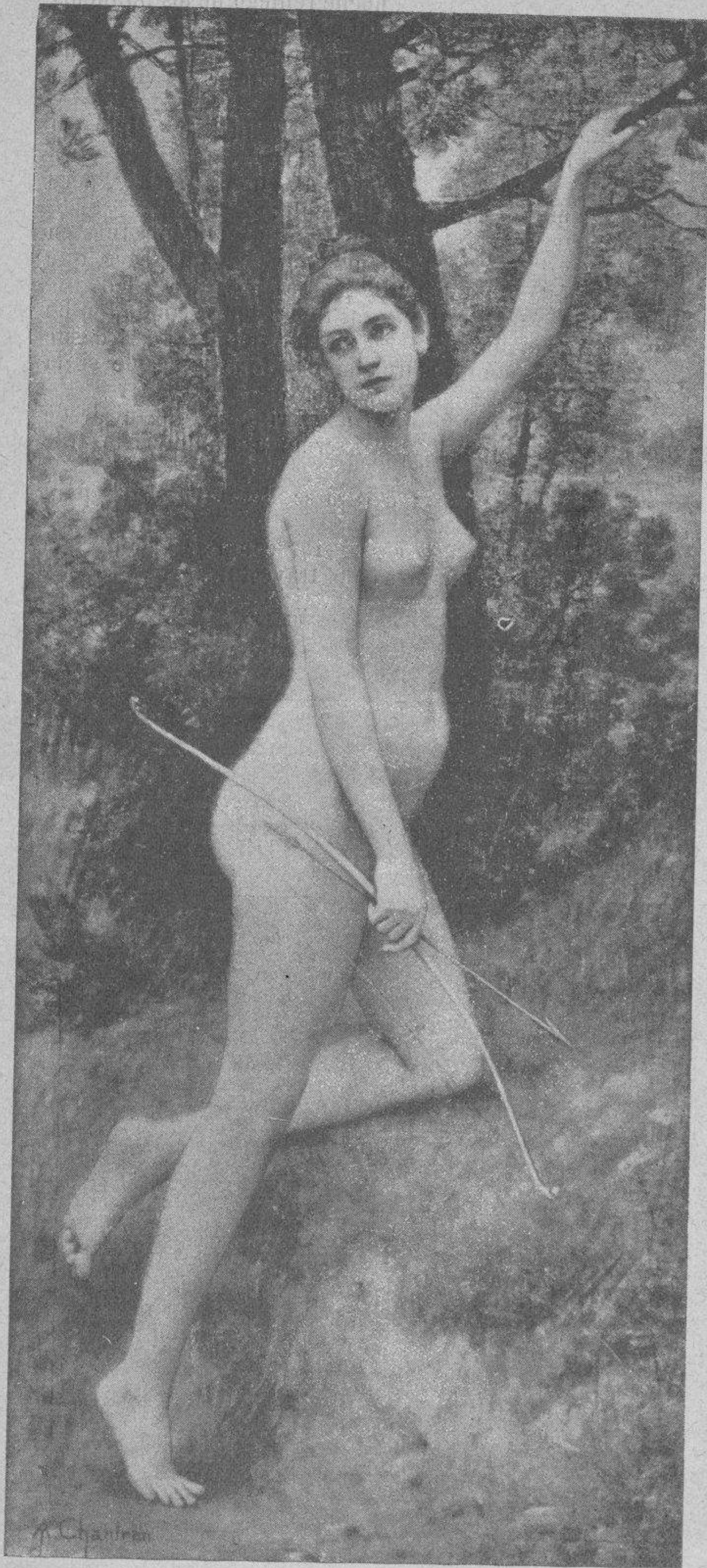
---

SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896



EL ROCÍO, por Brillaud.





NINFA CAZADORA, por Chantren.

## El mercado del Alba.

Que quien ama prendas bajas  
lo más de su pena finge.

LOPE DE VEGA.

### I

Cuando brilla el lucero  
de la mañana  
dejan su hogar alegres  
las aldeanas;  
porque á la villa  
van á vender los frutos  
de la campiña.

Llevan corta la saya.  
largo el cabello,  
el corpiño ajustado  
y el talle suelto;  
y en las miradas  
con rústica franqueza  
muestran las almas.  
Al cruzar por los campos  
cantan las aves,  
las estrellas se borran,  
las flores se abren;  
siembra el labriego  
y pueblan los ganados  
valles y cerros.

Cuando á su paso un mozo  
del pueblo encuentran  
le oyen decir:—«Muchachas  
que vais de ventas,  
ved que en la Villa  
muchas que á vender entran  
salen vendidas.»

Sonrien maliciosas las aldeanas  
y con aire resuelto  
siguen su marcha  
diciendo á voces:  
«No llevamos en venta  
los corazones.»

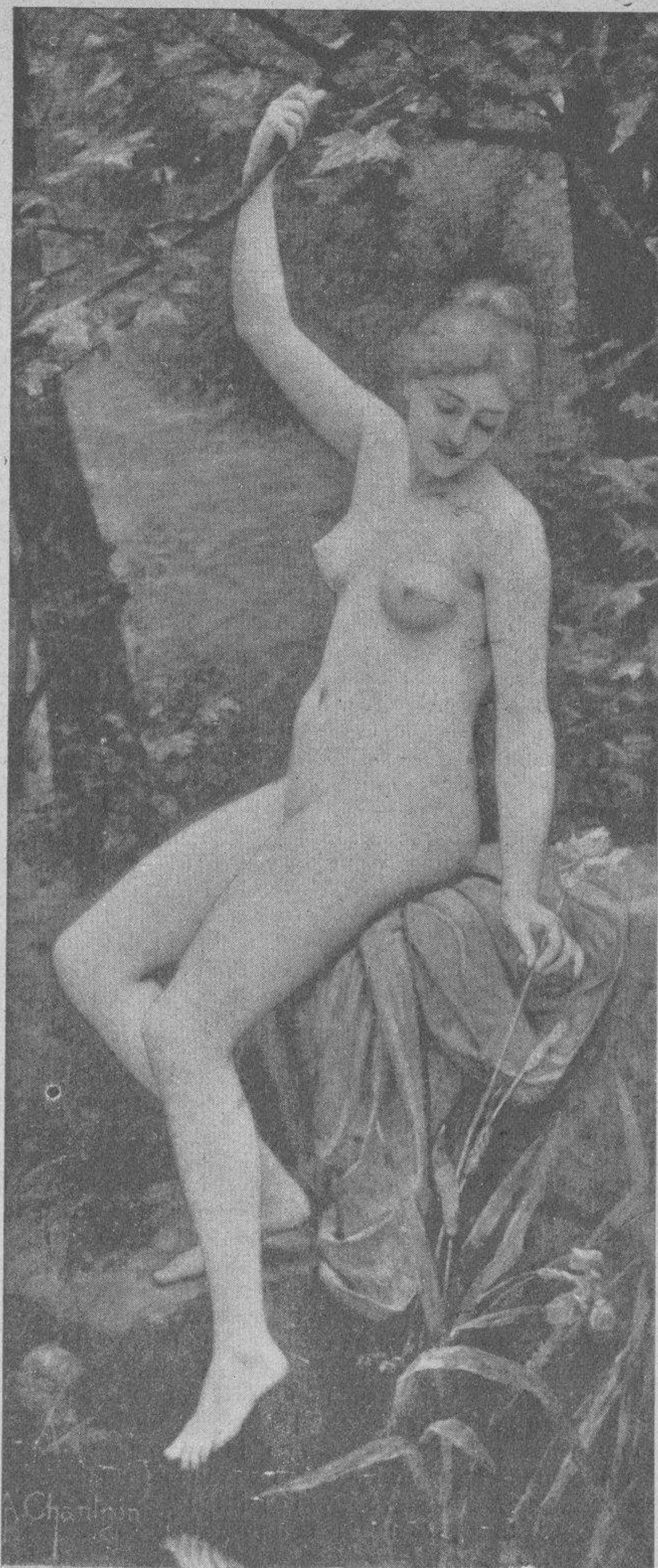
### II

Plaza de los Mostenses,  
galán del alba  
hablando está de amores  
á una aldeana;  
pasan lacayos  
y dueñas y murmuran:  
«Mal parroquiano.»

Dícela que los frutos  
que en venta tiene  
los hace más sabrosos  
la que los vende;  
que cuantos compran  
sienten que no esté en venta  
la vendedora.

Sonrie la villana  
con estas frases  
y olvida que sus frutos





FLORES DE AGUA, por Chantrel.

no compra nadie;  
pues si alguien viene  
se aleja murmurando:  
«¿Quién á quién vende?»

—  
Y así las horas pasan  
y del mercado  
se retiran las dueñas  
y los lacayos;  
hasta que el día  
media, y se encuentra sola  
la campesina.

—  
Pero dicela entonces  
el caballero:  
«No temas, que has vendido  
sin regateos;  
vente y no temas  
que en mi casa segura  
tienes la venta.

III

Cuando del Manzanares  
la bruma leve  
blanquea con el rayo  
del sol poniente,  
dejan la Villa  
para ir á sus hogares  
las campesinas.

—  
Al cruzar por la vega  
buscan sus nidos  
las aves que á la aurora  
cantan el himno;  
las sombras bajan  
y el viento de la noche  
tiende sus alas.

—  
A su paso á los mozos  
del pueblo encuentran  
y las dicen:—«Muchachas,  
¿qué tal de ventas?»  
Y ellas responden:  
—«No va nada á la Villa  
que no se compre.»

—  
Sonríen los villanos  
las mozas cantan,  
y á la aldea reunidos  
siguen su marcha;  
porque en la aldea  
están padres y novios  
que las esperan.

—  
Y por eso hay alguna  
que al acercarse  
siente rodar el llanto  
por su semblante,  
y es que en la Villa  
sabe Dios lo que venden  
las campesinas.

JUAN A. VIEDMA



# LAS HADAS

(CUENTO PARA NIÑOS)

Era una vez una viuda que tenía dos hijas: la mayor se le parecía tanto en carácter y en figura, que viendo á la hija se veía la madre. Una y otra eran tan desagradables y soberbias que nadie podía sufrirlas. La hija más pequeña, fiel retrato de su padre en amabilidad y dulzura, era en cambio una linda joven que merecía el aprecio de todo el mundo. Como ordinariamente amamos aquello que se nos parece, la madre estaba loca de satisfacción con su hija mayor, y aborrecía al mismo tiempo con toda el alma á la más pequeña: la obligaba á comer en la cocina y á trabajar sin descanso.

Entre otras cosas, hacía que la pobre muchacha fuese todos los días por la mañana y por la tarde, cargada con un gran cántaro, á coger agua á un manantial que estaba á más de media legua del pueblo.

Un día que la infeliz niña se hallaba, como de costumbre en la fuente, se le acercó una pobre anciana, y le suplicó que le diese de beber. —¡Sí, señora, con mucho gusto!—respondió la hermosa niña. Y sumergiendo el cántaro en el agua más limpia del manantial, lo llenó y se lo presentó á la buena mujer, sin soltar el asa y sin dejar de sostenerlo con la otra mano para que bebiese con mayor comodidad. Así que hubo bebido, dijo la anciana: —Eres tan hermosa, tan buena y tan complaciente, que no puedo resistir al deseo de otorgarte una gracia. Esta gracia—añadió—consiste en que, á cada palabra que desde ahora pronuncies saldrá de tus labios una flor ó una piedra preciosa. Aquella vieja era una hada que se había transformado para poner á prueba la amabilidad de la joven.

Cuando volvió á su casa la regañó su madre por haberse entretenido tanto en la fuente.—Dispéñeme usted, madre, por haber tardado—contestó la hija.—Y al decir estas palabras salieron de su boca dos rosas, dos perlas y dos gruesos diamantes.—¿Qué es esto?—preguntó la madre asombrada; creo que te salen de la boca diamantes y perlas. ¿En qué consiste eso, hija mía? (Esta era la primera vez que la llamaba *su hija*.) La pobre niña refirió entonces cuanto acababa de pasarle, y arrojó al hacerlo un verdadero torrente de piedras preciosas.

—Es preciso, dijo la madre, que envíe allá á mi hija. Mira, Antoñita, mira, lo que sale de la boca de tu hermana: ¿no estarías tú contenta con que te concedieran la misma gracia? Pues ve á la fuente, y cuando una anciana te pida de beber, dále agua y sé con ella amable y cariñosa.

—Será cosa de ver el que yo vaya á la fuente, respondió la vanidosa joven.—Pues irás porque yo te lo ordeno,—repuso la madre—¡y en seguida! Antonia obedeció á disgusto y se dirigió á la fuente, no con el cántaro, sino con el más hermoso jarro de plata que halló á la mano.

Apenas llegó á la fuente vió salir del bosque á una señora, magníficamente vestida, que se le acercó y le pidió de beber: era el hada que había tomado la forma y el traje de una princesa, para ver hasta donde llegaba la grosería y el despego de la hermana mayor.—¿Piensa usted que he venido aquí—respondió la adusta joven—para darla de beber? Sí, ¡para dar agua á la señora fué para lo que yo traje mi jarro de plata! Beba usted en las manos.—No pecas de amable,—dijo con tranquilidad el hada.—Puesto que eres tan poco cariñosa, voy á castigarte: á cada palabra que en adelante pronuncies te saldrá de la boca un sapo ó una culebra.

Al volver á su casa, la preguntó su madre: —¿Qué te ha sucedido, hija mía?—¡Nada madre!—contestó con malos modos.—Y al mismo tiempo salieron de su boca dos víboras y dos sapos.—¡Santo cielo! gritó la madre:—¿qué es lo que miro?—¡Tu hermana es quien tiene la culpa, y me la va á pagar!—y se fué hacia la pobre niña hecha una furia. La desgraciada logró escaparse y se escondió en un vecino bosque. Encontróla el hijo del rey que volvía de caza y al contemplar tanta belleza se detuvo y la preguntó qué hacía sola en aquella espesura, y por qué lloraba.—¡Ay, señor, mi madre me ha arrojado de casa!—El hijo del rey, viendo salir de la boca de aquella niña cinco ó seis perlas y otros tantos diamantes, la suplicó que le explicase este misterio: entonces ella le refirió la aventura de la fuente.

Enamoróse el príncipe, consideró que semejante don valía más que lo que cualquiera otra pudiera traerle en dote, la llevó al palacio del rey su padre, y se casó con ella. En cuanto á la hermana, se hizo tan aborrecible, que su propia madre la echó de casa, y la infeliz, después de haber andado mucho tiempo sin encontrar un alma caritativa que la recogiese, murió abandonada en un rincón de la selva.

El dinero y las piedras preciosas pueden mucho en el ánimo de los hombres; pueden aún más las palabras cuando son dulces y agradables. La virtud es difícil y costosa de practicar, pero no queda nunca sin premio.

PERRAULT



SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896.



FLORESCENCIA, por J. Rougier.



## AFÁN ETERNO

Niña, mira mis antojos,  
la vida gustoso diera,  
si así sondear pudiera  
el abismo de tus ojos:  
mas con impios cerrojos  
de tus sedosas pestañas,  
tanto su secreto entrañas  
y con tan tenaz porfia,  
que á quien más su fondo espía  
más fácilmente le engañas.

¿Es ese rayo sereno  
que tu pupila estremece  
esperanza que aparece,  
ó mortifero veneno?  
De acerbos dudas me lleno  
cuando á mis ansias respondo,  
que es tu mirada mar hondo,  
y temo que me acaricie  
espejo la superficie  
y tumba inmensa su fondo.

Cuando miro su dulzura  
y su purísimo halago,  
huye el temor del estrago  
ante un iris de ventura;  
pero, si esto me asegura,

daño mi sino me advierte,  
y recelo de esta suerte,  
ver en su órbita divina  
una copa diamantina  
donde se bebe la muerte.

¡Ay, que á mi pesar sospecho  
que de toda traba franco,  
vuelo cual la flecha al blanco,  
hacia mi ruina derecho!  
Absorbido, á mi despecho,  
y no obstante á mi albedrío,  
voy como la fuente al río,  
hacia ti, que me repeles  
y busco que me consueles  
siendo tú el tormento mio.

Basta, basta de locura,  
pero mira, aunque engañosa,  
que de abrasarse afanosa  
vive el alma en tu luz pura:  
placer hallo en la tortura  
que el corazón por mitad,  
dislacera sin piedad,  
y quisiera revivir  
para volver á morir  
á impulsos de tu crueldad.

JULIO MONREAL



SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896



AL BORDE DEL LAGO, por P. Nanteuil.



# PERTILES

# y Bonares



La humanidad fuera de quicio. — Calamidades públicas. — Los nuevos moldes del arte.

Ideales fin de siglo. — ¿Dónde vamos á parar?

Quisiera yo saber quien es el guapo que se atreve á escribir en estos días una crónica regocijada.

No parece sino que la humanidad se ha salido de madre y de toda la familia y que se acerca la fin del mundo sin noticia de Noherlesom.

Catástrofes, guerras, crímenes horrendos, desafíos y otras menudencias, por un lado; por otro el teatro libre, la escuela modernista de pintura, el wagnerismo en música...

¿Quieren ustedes más horrores?

Los ciudadanos pacíficos van á verse precisados á no salir de casa ó á hacerlo, en casos de necesidad urgente, provistos de casco y coraza y armados de punta en blanco como los caballeros andantes.

Va uno tranquilamente por la calle y ¡pum! revienta una bomba y le divide, y no por gala, en dos.

Se refugia uno en el teatro para olvidar ó distraer las penas, y se encuentra con que aquella noche se representa un drama *ibsensato* que si no tiene interés, ni despierta entusiasmo, en cambio es inmoral y soporífero y sustenta principios descabellados contra la familia, contra la sociedad, contra los fundamentos más sólidos y más santos de la moral cristiana.

La mujer tiene derecho á faltar á su marido y vivir tranquila con su amante; la hija insulta al autor de sus días si éste se atreve á pedirle cuenta de sus malos pasos;

el hogar es un antro maldito; la familia una rémora del progreso; el honor una quimera; los principios de honradez que nos legaron nuestros abuelos, infundios ridículos; hay que volverlo todo de arriba abajo...

¡El caos! ¡La anarquía!

A esto llaman progreso y fin de siglo.

La última palabra de la pintura consiste en no sentir el color.

Hay que verlo todo azul ó todo gris, como á través de un velo, desdibujado, confuso, sin luz, sin brillo, opaco, triste, muerto.

Debajo de muchos cuadros habría que poner á uso de Orbaneja: «Esto es un gallo,» porque sino no hay medio de saber que es aquello.





No se ve un asunto noble, un cuadro inspirado, nada que conmueva, que haga sentir ni pensar.

También aquí la anarquía, el caos.

En música no busquéis dulces melodías que hablen al alma ni á los sentidos, como no sea al sentido del oído, en la más vulgar acepción de la palabra.

Mucho ruido, mucho bombo, muchas trompas, mucho cornetín. Combinaciones matemáticas, la inspiración sujeta á números, música construída como un rompecabezas á fuerza de combinaciones extrañas, de paciencia y de petróleo. (Hoy no se puede decir aceite como en tiempo de Demóstenes). Rossini era un ignorante, Bellini un niño de teta. La música no debe hacer sentir más que dolor de cabeza.

Y desgraciado aquel que se atreva á decir francamente que todas estas locuras del arte fin de siglo no son de su agrado: pasará plaza de ignorante, de atrasado, de retrógrado, de memo.

Así es que muchos se entusiasman por cortesía, otros por falta de valor para protestar y la mayor parte por prurito de parecer espíritus cultivados.

Y rueda la bola, y cunde el desbarajuste, y se pierden las nociones del buen gusto, y del sentimiento y de la moral.

Cada día se inventa una teoría nueva, cuanto más descabellada y más incomprensible más aplaudida; pues hay gentes que aplauden todo lo que no comprenden porque la vanidad fofa de este siglo les hace pensar que cuando ellos no lo entienden debe por fuerza ser cosa superior.

Y esta plétora de disparates, y este afán de modernismos, y este prurito de destruir ideales para no crear nada bueno ni digno, lo ha invadido todo sin respetos ni distingos. Ha hecho á los hombres soberbios y vanos y locos, y la vida se está haciendo imposible y un día estallará, no el volcán (que esto sería sublime) la gran cloaca fin de siglo y nos llenará á todos de aquello cuyo nombre hizo célebre Cambrone en la batalla de Waterloo.

Ya ven ustedes si es posible escribir crónicas regocijadas teniéndose que tapar las narices.

VICENTE SUAREZ CASAN

Dibujos de XAUDARÓ.



## CANTARES

Tras ti cruzar un bulto  
Vi por la alfombra;  
Ciego el puñal sepulto...  
Y era tu sombra.  
¡Cuanto, insensato,  
Te amo, que hasta de celos  
Tu sombra mato!

Tus perfecciones al ver,  
Suelen los hombres decir:  
«Sólo por verla, nacer;  
Después de verla, morir.»

Nunca, aunque estés quejumbrosa  
Tus quejas puedo escuchar,  
Pues como eres tan hermosa,  
No te oigo, te miro hablar;

Que es matarme, confieso,  
El olvidarme;  
Aborréceme, que eso  
Ya es recordarme.  
Por Dios te pido  
Que me entregues al odio  
Mas no al olvido.

Que es corto sastre prevco  
Para el hombre la mujer,  
Pues siempre corta el placer  
Estrecho para el deseo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



## ¡VALIENTE GRATIFICACION!

El comedor de la familia Raposillo—Moviliario rico, pero de mal gusto.—La señora, que espera á su marido para comer, está impaciente.—Por fin suena el timbre...

*Ella.*—¡Vaya una hora de llegar!... ¡Josefina, la sopa!

(Entra él pálido, descompuesto, y se deja caer desplomado en su silla.—Ella le contempla con ansiedad).

*El* (gimiendo).—¡Qué desgracia!... ¡qué desgracia!

*Ella* (sirviendo la sopa).—¿Qué te ha pasado?

*El.*—¡Mi cartera!

*Ella.*—¡Cómo! ¿tu cartera?

*El.*—Perdida.

*Ella* (dejando caer la cuchara).—¡Tu cartera!... ¿has perdido tu cartera?

*El.*—Con cuarenta billetes de á mil pesetas que acababa de sacar del Banco.

*Ella.*—Cuarenta mill... (la ira la sofoca). ¡La semana pasada, el señorito pierde un paraguas flamante; hoy, su cartera!... Cuaren... (más sofocada). ¿Pero dónde? ¿cuándo? ¿cómo?

*El.*—¡Yo qué sé!

*Ella.*—¡No lo sabe!... ¡qué conducta! ¡ah! razón tenía mi pobre madre al decirme: «¡Tu marido será siempre un imbecil!»

*El* (humildemente) — Aun hay esperanza... Mis señas están en la cartera... Tal vez la persona que la haya encontrado...

*Ella* (con ironía flagelante).—La traerá... Con los intereses al 6 por 100, ¿verdad?... (Encogiéndose de hombros). No digas necedades... ¡Vaya! ¿Si encontrases 40,000 pesetas en la calle, las devolverías?

*El* (ofendido en su propiedad). — ¿Porqué no?... Si fuesen valores nominales...

*Ella.*—Sí; ¿pero, en billetes de Banco?

*El* (con desesperación). — ¡Ay! De todo corazón daría la mitad á quien...

*La doncella* (entrando). — Señorito, hay un hombre que desea hablar con usted... se trata de dinero...

*Ella.*—A buen tiempo llega.

Dile que el señorito ha salido.

*La doncella.*—Es dinero que trae para el señorito... Una cartera.

*El* (dando un salto en la silla).—¡Mi cartera!... ¡que entre!... ¡que entre en seguida!...

(*La doncella* introduce á un pobre diablo.)

*El pobre diablo.*—Es una cartera que he encontrado en la acera, junto á la puerta...

*El* (arrancándole la cartera de las manos).— ¡La misma!... ¡sí, la misma!... (con efusión). ¡Ah! ¡mi buen amigo!... ¡cuánto agradezco!... sepa usted que no trata con un ingrato, y...

*Ella* (agriamente).— ¡En vez de entregarte á esas ridículas protestas, mejor sería que comprobases si está la cuenta cabal!

*El* (con frialdad).—Razón tienes. (Abre la cartera y cuenta). ¡Uno, dos, tres..., treinta y nueve, cuarenta...! ¡Todos, están todos!

*Ella* (suspica).—¿Tienes la seguridad de que no había más de cuarenta?

SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896



RAYO DE AMOR, por Wertheimer.





FROUFROU, por Werthiemer.

*El.*—¡Demonche! ¡á no ser que el cajero se haya equivocado!

*Ella.*—¡Todo puede ser! (exhalando un suspiro). ¡Por fin!... cuando uno es lo bastante bestia para perder su cartera, hay que resignarse á hacer sacrificios.

*El.*—No hablemos de eso. (Al pobre diablo). Vaya, buen amigo, quiero... (Rebusca en el bolsillo de su chaleco).

*Ella.*—¿Qué haces?

*El.*—A ver si traigo suelto para recompensar á este buen hombre... (Sacando un billete de Banco de la cartera). ¿Lleva usted cambio de mil pesetas?

El pobre diablo (protestando por el qué dirán).—¡Oh! no vale la pena...

*El* (insistiendo).—¡Sí, sí tal!... ¿Con que no lleva cambio?... ¡Demonche! tengo empeño en que acepte usted algo. (Llamando). ¡Josefina!

*La doncella.*—¡Señorito!

*El* (con tono de hombre que no repara en gastos).—Josefina, acompañe usted á ese bravo

muchacho á la cocina... y sírvale usted un vaso de vino generoso.

(El pobre diablo se retira sin manifestarse complacido).

*Ella* (corriendo tras la doncella).—De vino común, ¡eh! (Volviendo). Demasiada recompensa es. Al fin y á la postre, no ha tenido más trabajo que subir la escalera.

*El* (dando vueltas y revueltas á la cartera, gruñendo).—¡Bien hubiera podido lavarse las manos!

*Ella.*—¿Quién?

*El.*—¡Ha manchado mi cartera con sus patas sucias!... ¡una cartera de quince peséas!

*Ella* (amargamente).—Lo cual le tiene sin cuidado, después de haberse bebido el vino.

*El.*—¡Bribón!

*Ella.*—¿Y su facha? ¿Has visto aquella cara patibularia?

*El* (meneando la cabeza).—¡Un tipo á quien no me gustaría encontrar de noche, en calle solitaria!

MIGUEL THIVARS